

darios del príncipe no desconfían de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que desees; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecian ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imaginacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

QON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á D^a Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la ajitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crisis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á D^a Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.

—D^a Inés, os juro que no os engañaba.

—Lo creo, D. Fernando, en aquel momento no me engañábais, os engañábais á vos mismo, os parecí hermosa, y tomásteis por amor lo que solo era una ilusion, y.... me hicísteis muy desgraciada.

—¡Es imposible!

—Sí, os amaba, y no sé si deciros que aún os amo; vos desde aquel momento, pudísteis haberme amado, quizá hubiera yo sido vuestra esposa.... sí lo creo.... y cuando recuerdo eso siento aún el odio mas profundo por la persona que os arrebató á mi cariño.

—Pensad, señora, que es mi esposa.

—No, contra ella no, pobre D^a Eujenia, tan bondadosa, sino fuera vuestra mujer la amaria yo, pero no, no contra ella, ella ignora aún que yo os amo y que vos me hablásteis de amor; no, D. Fernando, el que ha causado mi desgracia, es otro, otro que ya no existe, otro que como mi ángel malo, se interpuso entre nosotros dos, y se empeñó en separarnos, y lo consiguió....

—¿Pero quién fué ese....?

—D. José de Mallades—dijo con reconcentrado furor D^a Inés.

—¡D. José de Mallades!

Un velo se descorrió en aquel momento ante los ojos de Valenzuela, creyó adivinar la causa de la denuncia de D. José, creyó comprender toda aquella sombría historia.

El era, aunque inocente, el verdadero matador de su amigo.

—Pero eso que habeis hecho es horrible.... dijo á Inés sin reflexionar que nada le habia hablado ella de su venganza.

—¿Qué es lo que he hecho?—preguntó con estrañeza la jóven.

D. Fernando conoció que habia cometido una imprudencia y quiso remediarla.

—Eso, señora.... haberos apasionado de un hombre como yo que no merecia vuestro amor, que era indigno de vos....

D^a Inés, como dudando de la ingenuidad de aquella respuesta, fijó en Valenzuela una mirada profundamente indagadora.

D. Fernando estaba ya prevenido, y sostuvo aquella mirada, con toda la tranquilidad de la inocencia.

—¿Y quién os ha dicho—contestó D^a Inés—que el corazon puede elejir el objeto de su amor? ¿quién os ha dicho que vos sois indigno del mio? Os amé sin saber por qué, os amo aún á pesar de todo, y cuanto mayores son los obstáculos que nos separan, mayor es mi pasion; por eso no puedo conservar un rencor, por eso no puedo ni aún ocultaros este amor que me martiriza, ¡ah vos no podeis ni siquiera comprender todo lo que he hecho ya por esta pasion! por vos estoy en la corte, por vos he llegado á colocarme al lado de la reina, por vos me siento capaz de ser muy buena ó muy criminal.

—¡D^a Inés!—esclamó Valenzuela admirado de la escitacion de la jóven y comprendiendo cuanto habia de verdad en lo que ella decia.

—Sí, pero oidme, oidme todo lo que tengo que deciros: este amor podeis comprender cuanto me hace sufrir, si pensais nada mas en que me atrevo á hablaros así; el último sacrificio de una mujer es el de su decoro y de su orgullo, pues bien, cuando yo hablo así á un hombre que me

ha despreciado, que me ha burlado sin ser provocada para hacerle esta confesion, es, no lo dudeis, porque este amor me enloquece, porque estoy decidida á todo, D. Fernando, ¿no me habeis amado nunca? ¿no os creéis capaz de amar-me? habladme la verdad, la verdad, ¿si me engañáseis de nuevo... os aborreceria quizá....

—Pero, D^a Inés, tengo sobre la tierra sagrados compromisos.

—Y yo tambien, es cierto que no soy casada, pero ¿os parece poco el honor de una dama? ¿el nombre de mi padre y de mi familia? Si me amais, D. Fernando, huiremos de aquí muy lejos; mirad, yo no exijo de vos ningun sacrificio, no, yo sola me sacrificaré, no os pido mas si no que partais sin llevar á D^a Eujenia. S. M. la reina me distingue sobre manera, fácil me seria, os lo aseguro, conseguiros un gran empleo en México, en el Perú, en Filipinas, y yo me iria á seguirus, y seria vuestra; os sacrifico mi honor..... todo, pero amadme y no lleveis á D^a Eujenia..... ¿os parece bien?

D^a Inés era hermosa y en aquel rapto de pasion estaba encantadora.

Valenzuela era jóven y era poeta; además, un amor como el de D^a Inés, por fuerza tenia que ser peligroso.

—D^a Inés—dijo D. Fernando—¿tanto así me amais?

—No necesitais que ya os lo diga, bien lo comprendereis: decidme, decidme, ¿quereis que pida un empleo para vos á S. M.? ¿quereis partir conmigo lejos de España?

—Señora—contestó Valenzuela pudiendo apenas resistir á la fascinacion que le causaba aquella mujer, y deseando aún luchar—me liga á la corte otro vínculo aún mas noble.

—Cuál?

—La gratitud.

—¿La gratitud! ¿y para quién? ¿quién será capaz de haber hecho por vos lo que he hecho yo?

—Señora, se trata de un hombre, de un hombre que me ha querido como á su hijo, de un hombre que está próximo á sentir sobre su cabeza la desgracia mas espantosa.

—¿Y quién es ese hombre?

—El padre Nitardo—contestó Valenzuela creyendo que esta respuesta haria cambiar el jiro de la conversacion.

—¿El padre Nitardo?—repitió D^a Inés—bien, pero el padre Nitardo está ya al borde de un abismo y no tardará en hundirse para siempre.

—Por lo mismo, D^a Inés, vos que tan altos sentimientos poseeis, ¿me aconsejaríais abandonarle en estos momentos?

—No, pero es que la caida del padre no está muy remota.

—S. M. no le abandonará.

—Aun cuando eso sea, oidme; el príncipe avanza rápidamente sobre Madrid.

—Es cierto, pero no trae consigo mas que trescientos jinetes.

—¿Y quién quereis que apoye al padre Nitardo? el pueblo y la nobleza están por el príncipe, el consejo de S. M. le apoyará tambien, el clero, aconsejado por el cardenal Borromeo, nuncio de Su Santidad, y que aborrece al favorito, se aparta de su causa, y la misma compañía de Jesus le niega su apoyo, porque el padre Nitardo, perteneciendo á esa compañía, no ha obsequiado muchas veces las órdenes de sus superiores.

—Y bien, señora?

—El príncipe avanza sobre Madrid, y todo el mundo sin

distincion acudirá á la reina pidiéndole el destierro de su confesor; S. M. sin tener á donde volver los ojos aceptará, y en tal caso ya nada os ligará en la corte, por el contrario, porque entonces ya nada os valdrá vuestra esposa. D. Fernando, os ofrezco una felicidad y un amor sin límites, ¿creeis que alguna mujer pueda amaros como os amo yo? ¿creeis que alguna mujer pueda haceros gozar como yo?

—Señora—esclamó Valenzuela—¡por piedad! casi me es imposible resistir.

—Y no resistirás—esclamó D^a Inés arrojándose á su cuello, y separándose violentamente luego—D. Fernando, preparaos para ser muy feliz en la nueva España.

Valenzuela quiso contestar pero D^a Inés habia ya desaparecido.

—El caso es de los mas comprometidos—pensó Valenzuela—esta mujer será capaz de hacerme sucumbir, porque hay desgraciadamente la circunstancia de que es una dama de todo mi gusto.... en fin, ya veremos, por ahora se ha obtenido la ventaja de saber cuanto se prepara contra el padre Nitardo; creo que ha dicho bien S. E.: esta tempestad no la conjura.

Y D. Fernando se encaminó en busca del Reverendísimo padre para darle cuenta de sus descubrimientos, decidido por supuesto á ocultarle el resto de su conversacion con D^a Inés.

XVII.

De como salió desterrado de España el E. S. Juan Everardo de Nitardo, de la compañía de Jesus, Inquisidor general de los reinos y señoríos de S. M., Consejero de Estado de la junta de gobierno, confesor de la Reina Doña María Ana de Austria, &c., &c.

L príncipe D. Juan seguía avanzando con sus tres compañías y como si viniese al frente de un poderoso ejército, la consternacion se habia apoderado de todos los ánimos en Madrid.

Los partidarios de D. Juan cobraban nuevos bríos, á medida que decaía mas el ánimo de los del confesor de la reina; los indiferentes se hacian en aquellos momentos defensores del príncipe, y la reina no sabia en tales circunstancias mas que lamentar la suerte que aguardaba al padre Nitardo.

Por aquella época, el cardenal Borromeo era en España el nuncio de S. S., y en aquel trance la reina y su confesor pensaron ocurrir á su intercesion para con el príncipe, y encargarle llevase á éste una carta del Papa en que le recomendaba que tuviese toda clase de obediencia y miramientos para con la reina.

D^a Inés se apercibió de esto, y mandó en el momento llamar á su padre el marqués de Rio-florido.